



CONAN DOYLE, Arthur: *El sabueso de los Baskerville*. Edición e introducción de Julián Díez y traducción de Ramiro Sánchez. Cátedra: Madrid, 2017. Col. Letras Populares, vol. 23. 285 pp.

Tanto el público como la crítica consideran que *El sabueso de los Baskerville*, publicada por entregas en la revista *Strand* entre los meses de agosto de 1901 y abril de 1902 con el título de *The Hound of the Baskervilles*, es la mejor novela de Arthur Conan Doyle, amén de la mejor historia del detective Sherlock Holmes. Esto podría resultarle llamativo al lector familiarizado con la obra holmesiana, dado que el género en el que Conan Doyle se muestra a todas luces sobresaliente es el del relato corto, pero lo cierto es que en esta novela el autor enlaza de forma magistral una serie de elementos cuyo conjunto revela la madurez narrativa a la que ya apuntaba en publicaciones anteriores.

Así, en *El sabueso* se dan cita un Holmes ya no infalible, sino humano, con un Watson mucho más autónomo y un elenco de personajes secundarios complejos en el que cada individuo queda perfectamente retratado a través de su respectivo idiolecto, motivaciones y comportamiento. Las narraciones enmarcadas (entre las que destaca una inversión del «Nastagio degli Onesti» bocacciano que Conan Doyle emplea muy acertadamente para conferirle un halo de verosimilitud a la leyenda de los Baskerville) se integran sin fisuras en la trama principal, a diferencia de lo que sucede en *Estudio en escarlata*, publicada quince años atrás. Las pulidas descripciones permiten al lector distinguir emocionalmente los distintos escenarios donde se sitúa la acción, lo que genera un interesante claroscuro entre la urbe civilizada de Londres y los páramos salvajes de Devon que, por un lado, traza un paralelo temático con la lucha entre lo racional y lo sobrenatural subyacente a la novela y, por el otro, contribuye al aumento sostenido de la tensión dramática.

En resumidas cuentas, para los aficionados al detective londinense *El sabueso* presenta todos los componentes característicos de un buen relato holmesiano con un grado de elaboración mucho mayor y un ritmo que no decae en ningún momento de la narración. Habida cuenta de que para cuando apareció la primera entrega de la novela Conan Doyle llevaba siete años sin publicar nada sobre Holmes, pese a los ardientes deseos de sus lectores, no es de extrañar que la recepción de esta obra resultara en un auténtico fenómeno de masas: se representó como función teatral ya en vida del autor y desde su publicación no ha dejado de reeditarse, adaptarse a los géneros más diversos y, por supuesto, traducirse.

Semejante cantidad de reescrituras nos indica que la obra de Conan Doyle lleva más de un siglo en pleno centro del polisistema literario en lengua inglesa, y al parecer tampoco se adentra demasiado en los márgenes del nuestro: un cotejo rápido del *Index Translationum* con la *Base de datos de libros editados en España* nos indicará que tan solo en la última década se han publicado en España al menos ocho nue-

vas traducciones de la novela, orientadas en algunos casos a un público juvenil y en otros, a lectores adultos. Queda claro, por tanto, que en la actualidad los lectores españoles siguen contando esta obra como parte de su acervo cultural y demandando versiones de la misma.

La edición que aquí reseño, publicada por la editorial Cátedra y prologada maravillosamente por Julián Díez, que en algo más de una cincuentena de páginas contextualiza de forma erudita, detallada y amena el autor, el género, el texto original y la influencia que la obra holmesiana ha ejercido sobre el panorama literario occidental, no es, sin embargo, una retraducción en el sentido estricto de la palabra. Antes bien, parece tratarse de una reedición de la traducción de Ramiro Sánchez, que apareció en la casa Salvat en junio de 1973 y que Anaya lleva reeditando desde 1992. La traducción hace gala de algunos puntos de interés, como las notas reunidas en un anexo final con el fin de romper lo menos posible el pacto de ficción, lo cual resulta de agradecer en una novela policiaca (dichas notas son, por lo demás, ciertamente ilustrativas y permiten salvar en muchos puntos la brecha cultural que existe para los lectores actuales). También cabe destacar el esfuerzo que lleva a cabo el traductor para situar al receptor en la Inglaterra victoriana, mediante la utilización coherente de estrategias extranjerizantes, como el uso de la transferencia en el caso de los topónimos y títulos nobiliarios y el empleo del anglicismo adaptado «míster» en lugar de la forma patrimonial «señor».

Dicho esto, afirmar que la calidad de la traducción es igual o superior a la del prólogo sería faltar a la verdad. La prosa ágil y exacta de Doyle apenas si fluye por las páginas de la versión española, pues los constantes calcos sintácticos del inglés hacen escollar continuamente tanto a la historia como a los lectores que, sin conocer esta lengua, difícilmente pueden entender a qué propósito responden unas estructuras tan enrevesadas y extrañas a nuestro uso. Comencé la primera lectura de la traducción nada más acabar de releer *The Hound of the Baskervilles*, para poder apreciar mejor el trabajo del traductor, y la impresión que esta me produjo fue de un extraño cruce entre *déjà vu* y estar leyendo el texto original a través de una fina capa de papel cebolla. Las voces de los personajes, tan distintivas en inglés, son a mi juicio lo que más sufre a causa de esto, pues se pierde casi por completo la naturalidad de los diálogos.

Por desgracia, no se trata de un fenómeno aislado que pueda obviarse en un par de pasajes: los calcos recorren la traducción de Ramiro Sánchez de la primera a la última página, y se echa muy en falta esa labor de revisión que tan imprescindible resulta en nuestro oficio para que un texto traducido funcione plenamente como parte del polisistema en el que se integra. Una lástima, dado que por lo demás se trata de una edición cuidada, y con una buena corrección de estilo podría ganarse sin dificultades un digno puesto entre las recientes reescrituras de la mejor novela de Doyle.

Belén PÉREZ RAMOS